

Virginia Aguirre, una cuenta pendiente

POR MARICRUZ CASTRO RICALDE



Homenaje a Xavier Villaurrutia, Valle de Bravo (25 de octubre 2003).

Guadalupe Dueñas es una de las mejores cuentistas mexicanas de la segunda mitad del siglo XX. Sólo publicó tres breves volúmenes en los que reúne menos de cincuenta textos de esa naturaleza. Su cuarto libro fue *Imaginaciones* (1977) y en él conjuntó retratos literarios de personalidades destacadas por el ejercicio de la pluma: Sor Juana Inés de la Cruz, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Ramón López Velarde, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska fueron algunas de ellas. Por eso extraña encontrar, junto a estos nombres, el de Octavio Barreda y el de Fausto Vega. Su rastro se ha perdido y no sólo por el paso del tiempo, sino por la escasa constancia de la obra que produjeron.

Octavio G. Barreda fue el impulsor de algunas de las revistas literarias más sobresalientes de la cultura mexicana posrevolucionaria y uno de los integrantes del grupo Contemporáneos menos conocido. A él se deben *Letras de México* y *El hijo pródigo*. Su labor como funcionario y promotor cultural permitió que hoy recordemos a otros e, irónicamente, lo hayamos olvidado a él. Un caso similar es el de Fausto Vega, quien formó parte del grupo Hiperión, tal vez el más reconocido en el terreno de la filosofía en México y que tenía a José Gaos a la cabeza. Dueñas llama “espadachín de la palabra” a quien cultivó una de las artes más diluidas de estos tiempos: la de la conversación. Ensayista, periodista, difundió de manera incansable la cultura humanística. También fue funcionario universitario y se desempeñó como Secretario de El Colegio Nacional.

Sin el quehacer de estos impulsores, el rostro de la academia y la cultura en México hoy sería diferente. A pesar de esto, apenas son mencionados y los foros que llevan sus nombres le dicen poco a sus asistentes. Entendemos, entonces, qué hay detrás de la decisión de Guadalupe Dueñas al situar a ambos entre los pilares de las letras de nuestro país: si éstos permanecen en la memoria y en la tradición artística de una sociedad, quienes construyen la infraestructura, facilitan la circulación de las obras y las ideas, inician o sostienen una empresa tan intangible como la del saber merecen un trato similar. La ciudadanía se resiste a conceder tal sitio debido a tanto oportunismo, a la presencia fugaz de quienes ejecutan esta labor como una actividad meramente alimenticia y no como parte de una determinación consciente, guiada por objetivos que van más allá de la titularidad de una plaza en la burocracia universitaria o del aparato estatal (ante la escasa participación del sector privado en el terreno de lo cultural).

En la segunda semana de diciembre de 2010 falleció una de las personalidades más sobresalientes de la entidad, en lo que a la divulgación se refiere. La cultura del Estado de México en el último cuarto de siglo recibió, de manera multiplicada, la contribución de Virginia Aguirre Escamilla. Los perfiles del teatro, la radio, los medios impresos, la difusión de la literatura, la historia y la filosofía, sobre todo, hoy exhiben el cincel de esta mujer admirable, incansable en su afán por divulgar esas sus grandes pasiones. Considerada como parte de las actrices que dieron vida al teatro universitario en los años ochenta (el mejor de sus periodos), Vicky debe ser

recordada por su importante labor como directora de *La Colmena*, a lo largo de más de tres lustros.

La reticencia mencionada líneas arriba, la que muchas veces impide reconocer a quienes alientan una atmósfera artística y un clima de intercambio y debate del pensamiento, podría objetar que Aguirre cumplió con un trabajo remunerado. Un repaso a su trayectoria vencería cualquier titubeo: vio pasar cinco elecciones de rector, tuvo a un número mucho más nutrido de jefes directos y, a pesar de ello, la publicación de difusión cultural de la UAEM se mantuvo con la misma calidad y casi siempre con la misma regularidad. El esmero puesto en su diseño, en la corrección de los textos incluidos, en conservar una estructura básica en sus contenidos evidencia un cuidado amoroso. En esos años, mediante su pliego de poesía, los lectores estuvieron en contacto con los autores más sobresalientes de la región y de otros rumbos. Fueron muchos los escritores traducidos y más aún los artistas plásticos que tuvieron la oportunidad de ilustrar, espléndidamente las más de las veces, los cerca de setenta números coordinados por ella.

Vigilante y atenta a cada etapa del proceso editorial, Aguirre se preocupó porque *La Colmena* fuera un hogar de puertas abiertas para toda la comunidad intelectual, a través de géneros diversos (ensayos, artículos, reseñas, entrevistas, crónicas, textos de creación). Si México ha sido un lugar pródigo para la producción de revistas, también ha sido testigo de sus muertes tempranas. Publicaciones muy consolidadas no resistieron los cambios institucionales, la rotación de sus colaboradores, las transformaciones de su contexto. Y si esta revista de la UAEM sobrevivió a todo ello, con el ingrediente extra de ganar premios, fue por la presencia ubicua, omnímoda, de quien funcionaba como su cabeza, su cuerpo, su corazón.

Han pasado muchos años desde la primera vez que hablé con Virginia Aguirre. La seguí con manuscritos propios y ajenos, escritos con máquina mecánica y eléctrica, con *diskets*, con impresiones manuales y láser, con CD y USB a lo largo y ancho de la geografía institucional universitaria en Toluca. Dentro de Rectoría o fuera del edificio central, su oficina siempre estuvo iluminada por la sonrisa con la que



Presentación de *La Colmena* (1994).

me recibía, en la mañana, el mediodía, la tarde o la noche. Su voz me acompañó varios años a través del recordado programa “La Sinfonola” y con los poemas que acariciaban los oídos del radioescucha en otra de sus producciones, “La nostalgia de lo vivido”. Demasiado tarde hoy para que ella supiera, de nuestros labios, cuánto hizo por nosotros, cuán relevante fue su tarea pertinaz para toda una generación. Para la mía, para la siguiente que ya me ha alcanzado y para la anterior a la que admiro, nos queda una cuenta pendiente: la que Guadalupe Dueñas saldó al inscribir, en el listado del panteón cultural mexicano, a dos de sus más sobresalientes promotores.